

mos autores. El muerto no volverá a morir, vivirá porque está bien provisto de amuletos y de fórmulas mágicas, conoce los nombres secretos de todos los dioses y demonios (1) y tiene, por lo mismo, poder sobre ellos y puede obligarlos. De esta suerte forma en el número de los compañeros de Ra, camina entre las estrellas con Orion y Sothis y la estrella matutina, «brilla como dios vivo,» se convierte en Ra y manda a los dioses. Un texto de la tumba de Una nos refiere que éste «consume a los hombres y vive de todos los dioses,» y explica detalladamente cómo los dioses fueron cogidos en una red, muertos y cocidos para el difunto rey, y cómo éste «comió su fuerza mágica y devoró su espíritu de luz;» «los mayores de ellos constituyen su alimento de la mañana; los medianos el de la tarde y los pequeños el de la noche.» Poco antes se dice: «Tum es su padre que lo ha engendrado y cuando lo hubo engendrado fué mas fuerte que él, pues sus (de Una) espíritus (*Ka*) están detrás de él.» Véase como todo cuanto puede querer le es inmediatamente concedido: el muerto tiene la fuerza de los dioses gracias a las fórmulas mágicas, y a ella debe agregarse ahora el poder que le prestan sus propios espíritus, y por eso es mas fuerte que el dios mas fuerte.

No puede dudarse de que esta idea, que en el fondo no es sino una invención de la cabeza especulativa de algun sacerdote de Abydos dedicado a la magia, fué la causa principal de la propagación de las doctrinas de Osiris en Egipto. Es natural que la nueva idea fuera un misterio solo conocido de los iniciados y que solo fuera de importancia para los señores ilustres. Con razón se ha hecho observar que para los labradores é industriales no tenia gran valor la resurrección despues de la muerte, pues como se creía que el otro mundo era, en lo esencial, imagen fiel de éste, no debían esperar en él sino cuidados y trabajos. En los círculos cortesanos de Menfis, en cambio, se acogió con gran interés el nuevo y seguro medio universal para resucitar despues de muertos, tomando gran vuelo el cuidado de los difuntos. Valia la pena de no retroceder ante cuidado ni gasto alguno, pues el corto tiempo de existencia terrenal era nada comparado con la segura perspectiva de los infinitos placeres del otro mundo, en el cual no se podía volver a morir. Todas las ideas trascendentales que la doctrina de Osiris contenia, tenían poca importancia en comparación de este objeto práctico. Ciertamente el muerto, en sus constantes plegarias a Anubis deseaba que éste «le concediera ser enterrado en la hermosa y extensa comarca de Occidente, en la devoción del gran dios (Osiris), y correr por los hermosos campos por donde corren los devotos,» pero en su parte principal, la otra vida no debía ser otra cosa mas que una imagen fiel de ésta, si bien libre de todas las incomodidades. El hombre ilustre queria gozar por toda una eternidad en su tumba una existencia regalada y para asegurársela, se hacía recitar por el sacerdote mortuorio (*cherheb*)—que está con frecuencia representado en los sepulcros con el rollo de los textos en la mano—«las fórmulas de transfiguración» de las doctrinas misteriosas, de cuyo contenido poca cosa podía él mismo comprender.

Por eso empezaba por construir para sí una sólida «casa de la eternidad,» un sepulcro de piedra caliza ó de ladrillos, cuyas macizas paredes formaban característico contraste con las de las casas. En el Antiguo imperio rara vez encontramos tumbas labradas en la roca, que son mas bien propias de los

(1) Entre ellos encontramos en los textos de las pirámides «el de nombre desconocido» (Una, línea 508). Como el número de demonios es tanto mayor cuanto mas esfuerzos se hacen para acabar con ellos, es muy natural que se atienda a aquellos cuyos nombres y seres no se han descubierto ni se pueden descubrir.

primitivos tiempos (2). La forma regular del sepulcro es generalmente una construcción maciza que solemos designar con el nombre árabe de *mastaba*, «banco;» forma un rectángulo y siempre está orientado con bastante precisión de manera que su eje mayor se dirija de Norte a Sur. Las paredes se alzaban conforme al principio que siempre encontramos en la arquitectura egipcia y que contribuía a darles mayor solidez, a saber algo oblicuamente; la construcción cubria un pozo profundo y perpendicular practicado en las rocas, que conducía a un nicho, en el cual se encerraba el sarcófago herméticamente cerrado, llamado el «señor de la vida» y que contenía el cadáver. Para asegurarle una existencia tranquila en todos tiempos, se le amurallaba despues de enterrado, rellenando el espacio de tierra. Además, en el interior del mastaba había uno ó varios cuartos, que solemos llamar *serdab*, «cruja,» en los cuales se colocaban las estatuas-retratos del difunto, y en ellas debía encarnarse el «espíritu.» En un mastaba han llegado a encontrarse hasta veinte estatuas del mismo difunto. También se amurallaban figuras que representaban criados, doncellas, y sobre todo panaderas, y asimismo se depositaban en la tumba trozos de carne, cántaros con agua y una almohada. Por lo demás, el interior del sepulcro se llenaba con escombros y piedras toscas, y esto nos enseña cómo estaba construido. No era una pirámide sin punta, pues a esto se opone el rectángulo que servía de base, sino que sobre la punta se ponía un montón de césped, con la particularidad de que no se formaba con tierra, como entre nosotros, pues esto era imposible con las arenas del desierto, sino con piedras macizas, aumentándose gradualmente sus dimensiones y dándosele una forma sólida (3).

En la pared del mastaba, por regla general en el lado de Oriente, se encuentra casi siempre un nicho con una placa de piedra, la llamada *estela*, que está cuidadosamente trabajada en forma de puerta y que simboliza el paso del reino de Occidente que tiene que atravesar el difunto (4). Muchas veces, en lugar del nicho se encuentra una especie de vestíbulo ó una entrada en el mismo mastaba que conduce a una ó a varias habitaciones. Luego se ve la placa de piedra en forma de puerta, siempre en la pared trasera, enfrente a la entrada, y en las habitaciones se reúnen los allegados del difunto para cumplir los ritos del servicio de los muertos: el *cherheb* es quien lee también aquí el ritual de los misterios de Osiris. A menudo una pequeña ventana pone en comunicación estos vestíbulos con el *serdab*, de suerte que el vapor de los sacrificios va a parar a las estatuas, las cuales siguen comunicándose con los descendientes y servidores, que desde fuera, desde la entrada, les rinden la debida veneración.

Muy a menudo, en la mesa de piedra de la tumba se citan el nombre y el título del difunto, y las mas de las veces están junto a ellos escritas las oraciones que le aseguran el goce del sacrificio mortuorio. También encontramos retratado al muerto solo ó con su esposa y sus hijos, no faltando tampoco sus animales favoritos, un babuino ó un perro. Se le representa lujosamente ataviado, de piés, apoyándose en su bastón ó sentado en una magnífica silla, delante de la mesa bien provista. En los sepulcros de los ricos encontramos además de esto otros muchos dibujos. Las aldeanas y los al-

(2) Perrot y Chipiez: *Historia del Arte en la Antigüedad*, tomo I, páginas 189-578 de la traducción alemana.

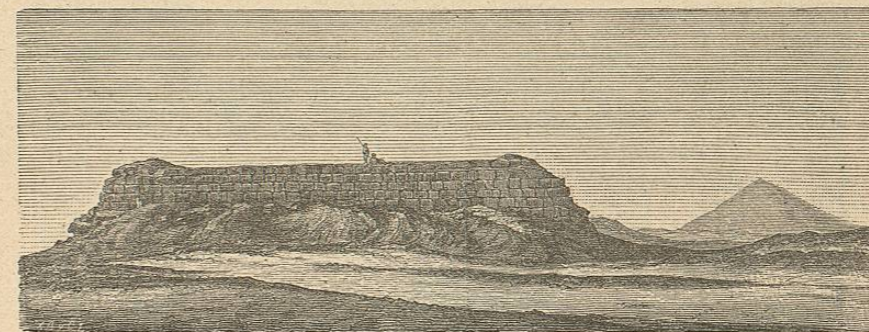
(3) Pietschmann, en la traducción alemana de la obra citada, página 828.

(4) Generalmente hay dos de estas puertas, una en cada lado del dibujo, como se ve en la piedra de Cheri, que reproducimos. También tienen a menudo los mastabas dos patios ó cuartos, uno al lado Norte y otro al lado Sur de la pared oriental.

deanos de las «aldeas de la habitación eterna,» es decir, de los bienes rurales del difunto, que han de atender al cuidado del sepulcro de éste, le llevan sus ofrendas de carne, frutos campestres, pan y bebidas, y los escribientes hacen de ellas un minucioso inventario (véase el grabado de la pág. 156). El difunto está representado en el acto de inspeccionar sus bienes ó de vigilar los trabajos agrícolas, ó cazando en los pantanos del delta, ó recorriendo los desiertos libios, ó disfrutando de la música ó de los juegos gimnásticos de sus gentes, ó embarcándose para emprender el místico «viaje hacia Occidente,» hacia los campos de los bienaventurados. Se ha discutido si estos dibujos eran una copia fiel de la realidad de la vida terrenal del difunto ó una imagen ideal de su futura suerte. La solución de esta cuestión no es muy difícil, pues puede decirse que son una y otra cosa a la vez. El egipcio, a pesar de todas las fórmulas, no quiere mas que continuar, despues de muerto, la vida que hasta entonces ha

llevado y por esto adorna su sepulcro con escenas de la vida que le ha gustado y a que se ha acostumbrado. Que al hacer esto se haya exagerado un poco y que, por ejemplo, junto a los rebaños de bueyes y cabras se haya añadido un cerdo, no es nada anti-natural, como tampoco lo es que en los dibujos presida la alusión al sacrificio mortuorio y que algunas escenas, como el viaje a Occidente, se refieran a la parte espiritual de la vida futura.

Por lo demás, el arreglo del mastaba varía naturalmente segun las relaciones: junto a las grandes y lujosas construcciones hay otras pobres, de reducidas dimensiones; al lado de las que abundan en esculturas é inscripciones, vemos otras desprovistas de todo adorno que no tienen siquiera un nombre. Mariette ha inspeccionado en Sakkarah solamente, 142 sepulcros, de ellos muchos de grandes dimensiones. Por regla general las tumbas eran indudablemente construidas por aquellos que querían habitarlas ya solos, ya con sus esposas: los



Mastaba El-Far'un

Este mastaba, el mas grande de todos, por cuya razón los árabes lo denominan «banco de los Faraones» (al Sur de Sakkarah), no fué seguramente un sepulcro, sino la base de un obelisco erigido al sol.

egipcios no conocieron los sepulcros de familia para muchas generaciones. Por esto el dueño de una tumba desea ante todo llegar a una edad senil, y así un elevado sacerdote de Menfis, por ejemplo, ruega a Osiris «que le permita vivir y llegar a una edad bella en su sacerdocio y en la devoción de Ptah, y luego ser enterrado en la grande y hermosa comarca de Occidente» (1). Muchas veces es el hijo el que construye ó por lo menos termina el mastaba de su padre, no olvidándose, en este caso, de poner su propio nombre en las inscripciones de las paredes y de ensalzar su obra piadosa. En algunos casos, el rey permite que sus favoritos especiales erijan ó adornen un sepulcro, ó les regala un precioso sarcófago (2). Una interesante prueba de esto tenemos en un pequeño y apenas visible mastaba de Sakkarah, que ostenta una estela cuidadosamente labrada con varias inscripciones: este sepulcro pertenece al médico mayor del rey Sahure (quinta dinastía), llamado Sechemten'anch, que habia conseguido curar al rey, «sanar su nariz» (es decir, su aliento vital), y a quien el rey desea por ello «una larga vida en devoción» (3). Entonces «dijo el médico delante de su majestad: Que tu espíritu, amado por Ra, se sirva ordenar que se me dé una tabla de piedra caliza en forma de puerta para mi sepulcro en el país de Occidente (4). Su majestad hizo traer dos tablas de piedra

en forma de un doble portal (5) de las canteras de Ro'an (Troja) y las mandó poner en el vestíbulo del palacio Cha'uret Sahure. El maestro mayor de obras hizo que algunos picapedreros del templo la trabajaran como si fuera para el mismo rey... De parte de la corte, es decir, del rey, eran inspeccionados diariamente. Su majestad ordenó que se pusiera la inscripción con piedra azul.»

No creemos equivocarnos al decir que no podía construirse ningun mastaba sin permiso del rey, por lo cual solo tenían esta clase de sepulcros un reducido círculo de funcionarios y empleados de la corte (6) y no se encontraban en ninguna otra parte fuera de las cercanías de Menfis. Los sacrificios mortuorios eran por lo menos en parte concedidos por el rey, que otorgaba a sus allegados, despues de muertos, los víveres de los almacenes del imperio (7). De aquí la costumbre de comenzar la fórmula con que se ofrecía el sacrificio mortuorio con las palabras: «Reales ofrendas mortuorias a Anubis

(5) El determinativo, que en la estela afecta la forma usual del portal, muestra que éste se compone de dos puertas superpuestas. Las «dos tablas» forman, pues, una sola estela. — Lepsius: *Mon.*, II, 37 b., línea 10.

(6) Gracias a las publicaciones de Lepsius y de Mariette hemos llegado a conocer unos 240 sepulcros del Antiguo imperio, adornados de inscripciones. Aun cuando su número puede aumentarse, — Maspero ha descubierto recientemente seis mastabas en Dahschur y nueve en Sakkarah (*Mem. de la mission franç. au Caire*, fas. 2.) — y aun cuando muchos de ellos han sido destruidos con las excavaciones, se explica por lo dicho que sean pocos.

(7) «El sacrificio funerario de carne, pan y vino, que el rey me ha dado por mi piedad (adhesion) hacia él.» De Rougé: *Inscrip. hier.*, tomo I, línea 8, véase 16, 20 y 93. — El apéndice «real» falta en la fórmula de sacrificio de muchas de las antiguas tumbas, por ejemplo en la de Amten.

(1) Mariette: *Mast.*, C 9.

(2) Véase Lepsius: *Mon.*, II, 37 b. 46 (?) y la inscripción de Una.

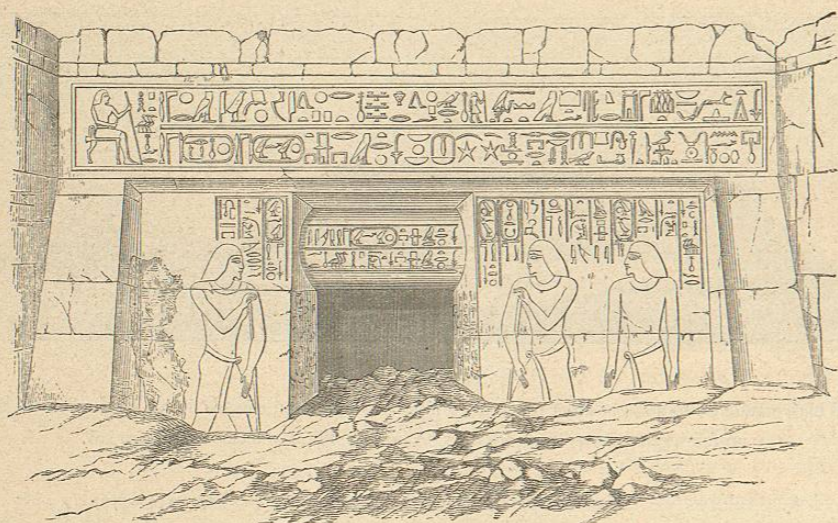
(3) Mariette: *Mast.*, D 12. La inscripción del lado derecho es tan difícil que no me atrevo a dar de ella ninguna traducción.

(4) Véase la inscripción de Una, líneas 7-39, en donde en el último lugar va unida al portal una mesa de libaciones como las que frecuentemente se encuentran en los mastabas.

para el difunto N. N.,» aun en los casos en que para nada intervenía el rey. Por regla general, el poseedor del sepulcro debía cuidar de la manutención del muerto y á este efecto se proveía de un número de «servidores del espíritu» (*hmuka*) sacados de entre sus criados, los cuales con los descendientes del difunto hasta las últimas generaciones atendían al cuidado del sepulcro. Muchos documentos ó patentes, en los cuales se fijan los deberes de estos servidores del espíritu, han llegado hasta nosotros (1); también poseemos, á lo menos de la época del imperio Medio, tratados con el sacerdocio de algun tiempo para entregar diversas ofrendas en la tumba (2).

Por lo demás no era absolutamente indispensable que la carne y el pan para los muertos fuesen reales y positivos. De la misma manera que el cadáver ó la estatua de piedra ó madera se convertía, por medio del debido procedimiento, en un sér eternamente vivo, el pan y el vino, pintados ó repre-

sentados en piedra, podían convertirse en verdadero alimento, teniendo, de esta manera, la ventaja de que no se echaban á perder. Desde muy antiguo existió, pues, la costumbre de poner en el sepulcro, con el muerto, una mesa de sacrificio de piedra ricamente provista y escribir en las paredes largas listas de cuanto el difunto necesitaba. Es muy probable que los dibujos de las paredes obedecieran á igual causa, y que el que hacia poner en el sepulcro su imagen rodeada de muchos servidores y rebaños alegremente ocupados, creyera que de este modo aseguraba su existencia y su bienestar en el otro mundo, sobre todo si los nombres estaban bien y claramente, pues la palabra y la escritura eran, como la imagen, cosas misteriosas. Poco á poco fuese avanzando en este terreno. Es ley general que cuanto mas arraigada está una creencia en algo tradicional, tanto mas se aumentan la rutina y el sistema formulario. En los tiempos antiguos un sacerdote mortuario, que se llamaba *cherheb*, recitaba en la tumba las largas fór-



Entrada del mastaba de Neferbaptah (fines de la quinta dinastía).

mulas de la transformación en Osiris — muchas veces se le representa con un rollo en la mano en el acto de «transfigurar» al muerto; — pero despues, especialmente á fines de la quinta dinastía, se inscribieron los textos mágicos en los ataúdes y en las paredes del sepulcro (3). Quizás esto fué en un principio un complemento del rezo; pero despues hizo las veces de éste. Por aquel mismo tiempo nació la costumbre de exigir ó conjurar directamente, en la inscripción de la tumba, «los que estaban vivos en la tierra á los que estaban sepultados en la tumba, para que amaran la vida y odiaran la muerte, y desearan que sus dignidades se transmitieran á sus hijos.» También trae su origen de la misma época la fórmula de «mil panes, mil cántaros de vino, mil bueyes, mil vestidos para el bienaventurado N. N.» Como se ve, los egipcios llegaron á los mismos resultados que los budhistas del Norte y que los chinos. Los primeros hacían recitar las oraciones que habían de llevar la bienaventuranza por un molino en movimiento, y los chinos satisfacían las necesidades de sus ante-

(1) De Rougé: *Inscrip. hier.*, I. — Lepsius: *Mon.*, tomo II, pág. 72. Mariette: *Mast.*, D 52.

(2) Erman: *Revista Egipcia*, 1882, pág. 159.

(3) Esto último solo se usa en los sepulcros de los reyes, en las pirámides, siendo la que primero nos lo ofrece la de Una. En las tumbas de los particulares no se introdujo este uso hasta mucho despues. El mas antiguo ataúd de un particular, con textos funerarios, el de 'Apanchu (Lepsius: *Mon.*, tomo II, pág. 98), á juzgar por un fragmento no publicado todavía que se conserva en Berlín, data de la misma época, del reinado de Teiti, primer rey de la sexta dinastía.

pasados quemando un trozo de papel en el cual se habían escrito las fórmulas indispensables. Este desenvolvimiento es tanto mas importante cuanto que por este medio los que carecían de recursos podían poseer, mediante una módica suma, las fórmulas que les aseguraban todas las delicias del paraíso. Esto fué lo que se hizo, si no en el Antiguo imperio, en los tiempos posteriores, convirtiéndose así los beneficios de las doctrinas de Osiris en patrimonio de todos los egipcios, es decir, todo el pueblo que se vió sujetado con las cadenas de la superstición.

Cuando los ilustres dignatarios se construyeron una maciza «casa para la eternidad,» fué preciso atender de otra manera al rey descendiente de los dioses; así es que para su cadáver se edificó la construcción colosal de una pirámide, en la cual se encerraba el ataúd, en una cámara cuya entrada podía en caso necesario cerrarse. Esta pirámide estaba aun mas exactamente orientada que el mastaba hacía el país celeste: á ella pertenecía el templo que correspondía al vestíbulo del mastaba y que servía para el culto funerario del soberano. Los mas altos funcionarios del Estado eran «sacerdotes,» «profetas,» ó «presidentes» de la pirámide del rey, y durante muchas generaciones estos cargos fueron hereditarios en una misma familia.

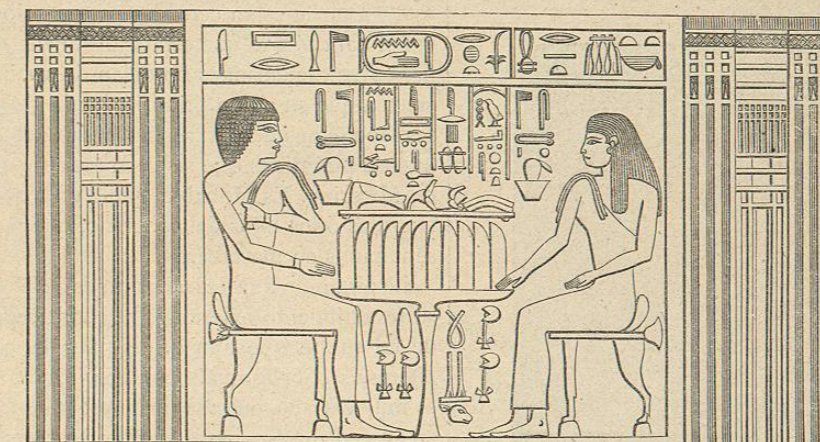
Mas adelante hablaremos de la construcción de la pirámide y de los principios en que descansaba. Por lo demás hemos estudiado ya en sus rasgos fundamentales las ideas que acerca de la vida despues de la muerte predominaban en el Antiguo imperio. En este punto nos encontramos con el fe-

nómeno particular de una burocracia unitaria y severamente organizada, destinada principalmente á cuidar de la otra vida, concebida de una manera altamente realista, cuidado cuya atención forma la misión suprema del Estado.

¿Cuándo llegaron á predominar estas ideas? ¿Cuándo la primitiva y sencilla fórmula del culto de los muertos se transformó por medio de las doctrinas osirianas de la transfiguración? ¿Cuándo, confiando en las promesas de estas últimas, se tuvo el valor de dedicar tanto tiempo y tanto dinero á las colosales construcciones de los cementerios de Menfis? Creemos poder señalar este momento con bastante precisión. En las inscripciones de los sepulcros encontramos mencionado el culto de los soberanos de los primitivos tiempos; conocemos un «sacerdote de Senda» (1), un «sacerdote del templo de Nebka» (2), pero nunca se menciona una pirámide mas antigua que la del rey Snofru, por lo menos en el abundante material que poseemos. Esta hipótesis está confirmada por

el hecho de que entre las muchas pirámides que enteras ó en ruinas han llegado hasta nosotros — si contamos las pequeñas que encontramos en gran número, por ejemplo en Gizeh, delante de las grandes construcciones y las de la duodécima dinastía, llegan á mas de setenta — solo dos, ó á lo sumo tres, pueden ser mas antiguas que la mayor de todas, que construyó en Gizeh Chufu, hijo de Snofru. Estas son las dos pirámides de piedra de Dahschur, al Sur, y quizás la pirámide de piedra arruinada de Aburoasch, en el extremo Norte de la necrópolis de Menfis (3). Una de las dos primeras es probablemente la de Snofru, antes del cual solo dos ó á lo mas tres soberanos pudieron erigir grandes monumentos funerarios. Naturalmente no puede negarse en absoluto, por mas que parezca muy dudoso, que se hubieran hecho antes ensayos en pequeña escala y con mas ó menos fortuna de estas construcciones, pero de ellos no nos queda ningun vestigio.

El estudio de los sepulcros de particulares nos lleva al mis-



Piedra de la tumba de Cheri, el sacerdote del rey Senda, existente en Oxford, (este sepulcro ha sido publicado por Mariette, *Mast.*, B 3).

El muerto y su esposa están sentados delante de la mesa del sacrificio, cubierta de panes y de carne. Las inscripciones de arriba describen varios objetos del sacrificio mortuario, «incienso, fruta, vino, millares de panes, vestidos y terneras.» A ambos lados está representado el portal de una casa.

mo resultado, no existiendo mastaba alguno cuyas inscripciones hagan referencia á un período anterior á Chufu ó á lo sumo á Snofru. Algunos de ellos, por la manera de estar contruidos, por la forma de los jeroglíficos y por el carácter arcaico de las estatuas y esculturas en ellos encontradas, pueden atribuirse á una época anterior; pero difícilmente esta anterioridad se remontará á mas de 40 ó 50 años. Es evidente que Mariette exageró la antigüedad de estos mastabas cuando creyó que existían de las dos primeras dinastías. Cuando se apoya en que el carácter de los monumentos artísticos de los primitivos sepulcros lleva impreso un sello de arcaísmo, basta para rebatirle recordar el poco tiempo que media entre los Eginetas y Fidias, para comprender cuán débil es aquel argumento. El arte y especialmente la manera de labrar las estatuas-retratos debió de tomar tal vuelo con el desenvolvimiento del culto de los muertos, que el rápido progreso artístico se nos presenta como cosa muy natural.

En su consecuencia, podemos admitir que las doctrinas de Osiris penetraron en la corte de Menfis durante los últimos soberanos de la tercera dinastía, y que la época de los constructores de pirámides corresponde al reinado del rey Snofru,

(1) Véase mas arriba, y Mariette: *Mast.*, B 3, donde junto á él encontramos el nombre real enteramente desconocido de Per'abnes (¿sería la esposa de Senda?).

(2) Lepsius: *Mon.*, tomo II, pág. 39. Amten es también «soberano (presidente (?) *hag*) del templo de Snofru.» Idem, tomo II, pág. 5.

y no procedemos á ciegas, sino que nos fundamos en la historia, según la cual hubo de coincidir con este reinado ó comenzar muy poco antes.

CAPITULO VIII

LOS CONSTRUCTORES DE PIRÁMIDES

Entre los descendientes de Menes debió de haber algunos soberanos de gran importancia. Si durante la duodécima dinastía el rey Usertes II erigió una estatua á «su padre, el rey

(3) Sobre las pirámides de Dahschur, véase mas adelante. Respecto de la de Aburoasch, Petrie, que ha sido el único que la ha examinado detenidamente (*Pyramids of Gizeh*, págs. 54-62), se inclina á creer, fundándose en su arquitectura, que fué construida en la segunda mitad de la cuarta dinastía, pues está enteramente revestida de granito, al paso que la de Chufu no lo está, la de Cha'fre lo está muy poco y la de Menkaure solo hasta la mitad. En ella encontró restos de una estatua de diorita de un rey con el nombre Men...re. Es difícil decir dónde debe ser éste colocado: no puede ser el conocido rey de la cuarta dinastía Menkaure, pues á éste pertenece la tercera pirámide de Gizeh: también parece que debe excluirse á Menkaure de la octava dinastía por lo perfecto de la construcción. ¿Estamos en presencia de un soberano desconocido de la cuarta dinastía ó de un rey destronado de una época anterior á Snofru, ó hay que pensar en un soberano de la octava dinastía? Acerca de las pirámides con pisos de Meidum y de Sakkarah, véase la nota que ponemos mas adelante.